

Correspondencia familiar

Año 1953

Suplemento de LIRIOS
(Exclusivo para las aliadas)

Núm. 6

Repitiendo el tema

Para algunas quizás sea pesado y cargante... Sufridme, hijas.

Es tan terrible sustraerse a la influencia del ambiente moderno, viviendo, como vivís vosotras, en medio del mundo...

La vida religiosa y los Institutos de vida común gozan de sus propios refugios, bien acotados, donde es fácil cerrar la puerta a todo elemento extraño a la vida de perfección y santidad que profesan; mas la Alianza, por su peculiar condición y carácter, que así los trae desde su fundación, y por lo que se ajusta y encaja tan plenamente al espíritu y normas de la Constitución «Provida Mater», y por su vida dispersa de hogar, de familia, de profesión, en todo el rigor de la palabra, *secular*, prescinde totalmente de la vida común o de comunidad, fuera de los casos especiales que se enumeran en el art. III, párrafo 4º de la mencionada Constitución.

Esta condición de la Alianza ha hecho pensar a muchos y les ha obligado a situarse en oposición a ella, ante el grave inconveniente que se ofrece para poder mantener el verdadero espíritu de la perfecta consagración y entrega plena a Dios, con la consigna de vivir de espaldas al mundo y lejos de su ambiente materialista y corrompido.

La Alianza, cuando aún desconocía el sentido auténtico de la Madre Iglesia sobre este extremo, quiso primero ensayar esta vida, en medio de una ciudad distraída, con un plan estricto de aspiración a la perfección evangélica, con plena dispersión en medio del mundo, a la luz de las enseñanzas y ejemplos de aquellas primeras *aliadas* que se llamaron Cecilia, Inés, Eulalia, Lucía, Prisca; cuya vida fue rigurosamente esta misma.

Y después de más de cinco años de ensayo, practicado victoriosamente por un centenar de almas, presentó su primer reglamento a la aprobación de la Autoridad Diocesana, reglamento que mereció la más calurosa aprobación de su Prelado.

Hoy la providente Madre Iglesia ha venido a confirmar este novísimo plan de vida de perfección evangélica, sin necesidad de la vida conventual o de comunidad, con plena dispersión en medio del mundo, siendo cabalmente una de las características especiales de los Institutos su vida *en el siglo* y su apostolado *desde el siglo*; sin que las almas que a esta vida aspiran tengan necesidad de moverse de sus casas y de sus familias.

Este es el sentir de la santa Iglesia, aunque deja la puerta abierta a las instituciones que quieran establecer entre sus miembros y centros la vida común.

Ahora bien, lo que a otros Institutos proporciona y asegura la mutua convivencia de la comunidad, la Alianza debe alcanzarle de dos maneras:

* * *

a) Por la frecuente asistencia a sus Retiros y Casas de reunión. Allí debe hacerse real y viva la sociedad con los miembros del Instituto a fin de palpar y gozar la verdad de

nuestra vocación aliada, al lado de los contrastes de la farsante, mentirosa y engañosa vida que se vive y se respira en el mundo.

Es preciso tocar las dos realidades y juzgar con verdad entre ambas. La Alianza no ve, ni siente su vida fuera de los Retiros y Casas. La influencia perniciosa que ejerce el mundo mundano sobre una aliada, debe quedar anulada por la beneficiosa que el ambiente y la vida de sus Retiros ejerce sobre ella.

La fuerza de los sentidos es irresistible; lo que tocamos, vivimos y... ¡Dios mío!, ¡cómo se explotan y se agitan hoy los sentidos y el corazón en este modernísimo torbellino de incesantes impresiones que nos trae los nervios en un vértigo de continua tensión!

La vida de nuestros Retiros debe ser el mejor sedante contra esta agitación; la calma viene allí del cielo y la aliada serena allí y equilibra su vida en una tranquila paz.

La vida de un Retiro, aunque no sea más que por unas horas, es imagen de un apacible claustro conventual, donde no es difícil sentir a Dios y su dulce y amoroso beso.

Con el mismo afán con que una joven moderna busca el espectáculo y el ruido debe la aliada buscar la paz y silencio de su Retiro.

* * *

b) Pero aún esto no es suficiente.

En su vida profesional, la aliada está sintiendo los recios golpes que da sobre su sensibilísimo corazón el mundo de la vanidad, de la moda, del egoísmo y del placer.

Y ¿cómo atenuar la sensibilidad e impresión de esos golpes? Para anular sus efectos nosotros no conocemos mejor

sedante que dar en el mismo lugar otros golpes que causan reacciones completamente opuestas. Y son éstos los sensibilísimos de la penitencia corporal; unos por privación, como el ayuno, el sueño, las prendas y otros por directa acción sobre nuestra carne, como el cilicio, la disciplina, la dura cama, etc.

Se ha creído siempre que esta clase de vida, dura y penitente, se acomodaba solamente a los que visten el hábito de saco y viven encerrados en la oscuridad de un claustro. Y más ahora, en este novísimo ambiente que nos están creando modernos ascetas, de una santidad y de un Evangelio y hasta de un JESÚS más «humanista», contra todo lo tradicional de nuestros siglos de oro.

Al contrario, más necesaria la encontramos y mejor se ajusta esta vida de austeridad a las que, entre las delicias de un mundo de atracciones, regalos, gustos y placeres, se han propuesto escalar las alturas de la perfección cristiana.

Y con más razón todavía, tratándose de una institución, como es la Alianza, la cual, fuera de unos momentos de convivencia en comunidad, vive bajo las fuertes sacudidas que produce en su corazón y en su carne el roce inevitable de un paganismo civilizado.

Para contener y dar muerte a estas sacudidas, el medio más eficaz y el arma más poderosa es la mortificación interior y de los sentidos y la penitencia corporal.

A la vida interior de oración, eucarística y mariana, debe siempre acompañar la recia austeridad corporal.

Hubiera sido un idilio, una dulce poesía, nuestro ideal de pureza y amor a Jesús, si no estuviera de por medio el lema serio de MÁRTIR EN EL SACRIFICIO. Y que no es poesía y puro adorno literario esta frase sino que va marcando a la aliada un camino real, de fuerte adoquinado, sin alfombras; áspero, pero

seguro.

Los agujijones de un cilicio no son ningún adorno, sino que, hincándose en la carne, la castigan, la sujetan, la doman y la rinden. Ésta, entre las seducciones del mundo, es más indómita y rebelde que la pacificada en el claustro; y, para rendirla, hay que saber y probar los procedimientos de nuestros viejos ascetas.

Con una exquisita prudencia, evitando extremismos, sujeto sal consejo de nuestros confesores y Superiores del Instituto, debemos «castigar el cuerpo y reducirlo a servidumbre», como San Pablo, para cumplir nuestro fin aliado de *castificar* el mundo y sembrar en él el casto consejo y las fragancias angélicas de pureza virginal.

Mientras la *juventud moderna* trata de hacer compatible la piedad con la frivolidad, el Sagrario con el palco, el retiro con la playa, la pureza con la desnudez, el Kempis con la novela y el Evangelio con el paganismo... la Alianza, *inflexible siempre en sus consignas*, mantiene en todo su rigor su lema de austeridad, sin condescendencias de ningún género con el mundo enemigo del Evangelio.

La eficacia de vuestro apostolado profesional, amadas hijas, arranca de la integridad pura e incontaminada de vuestro espíritu aliado en la dispersión de vuestros destinos en medio del siglo.

En el yunque de la penitencia hemos de forjar las grandes virtudes características de nuestro Instituto.

La vida muelle no tiene lugar en la Alianza. Como tampoco la demasiado independiente...

ANTONIO AMUNDARAIN